

WALLACE STEGNER

Wallace Stegner (1909-1993) nació en Lake Mills, Iowa. Hijo de inmigrantes escandinavos, vivió con sus padres y su hermano en distintos puntos del oeste americano antes de que se asentaran en Salt Lake City en 1921.

Después de doctorarse en la Universidad de Iowa, enseñó Literatura en distintas universidades, hasta instalarse finalmente en la Universidad de Stanford, donde pondría en marcha una de las escuelas de escritura más importantes del país y en la que estudiarían escritores como Raymond Carver, Tobias Wolff, Wendell Berry o Ken Kesey.

Apasionado del oeste y de la vida al aire libre, Stegner compaginó la docencia y su actividad literaria con la campaña en pro de la defensa de la naturaleza y la colaboración con distintas organizaciones conservacionistas como la red de parques naturales de EE.UU. o la Wilderness Society.

Aunque alcanzó la fama como novelista, es autor de una amplia y valorada obra que abarca títulos de ficción, historia, biografía y ensayo. Recibió numerosos galardones por sus novelas como la Commonwealth Club Gold Medal por *All the Little Live Things* (1967); el Premio Pulitzer por *Ángulo de reposo* (1971) y el National Book Award por *El pájaro espectador* (1976). Entre el resto de su obra destacan también las novelas *En lugar seguro* (1987), *Remembering Laughter* (1937) y *The Big Rock Candy Mountain* (1943).

En lugar seguro

A*

Wallace Stegner

En lugar seguro

Prólogo de Ricardo Menéndez Salmón

Traducción de Fernando González

Primera edición en Libros del Asteroide, 2008
Quinta edición, 2013
Primera edición en esta colección, 2015
Título original: *Crossing to Safety*

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamos públicos.

Copyright © 1987 by Wallace Stegner
by arrangement with the author

© de la traducción, Fernando González, 2008
© del prólogo, Ricardo Menéndez Salmón, 2008
© de esta edición, Libros del Asteroide S.L.U.

Fotografía de cubierta: Eileen Darby/Getty Images

Publicado por Libros del Asteroide S.L.U.
Avió Plus Ultra, 23
08017 Barcelona
España
www.librosdelasteroide.com

ISBN: 978-84-16213-39-9
Depósito legal: B. 13.030-2015
Impreso por Liberdúplex S.L.U.
Impreso en España - Printed in Spain
Diseño colección Décimo Aniversario: Jordi Duró

Prólogo

Wallace Stegner: la vida es terrible y maravillosa

La literatura norteamericana encierra en su devenir un evidente problema de magnitudes, un conflicto de territorios, umbrales y voces, pues es tan vasta como el país que la nutre de historias. Sólo esa vastedad —y no cegueras ocasionales aunque perversas que aquejan al mundo editorial— puede explicar por qué motivo un autor de la talla de Wallace Stegner era hasta ahora un perfecto desconocido para nosotros. Porque debe ser dicho ya, sin temor a exagerar, que Stegner es un escritor formidable, un maestro en toda regla, y *En lugar seguro*, la novela que nos convoca, un libro en verdad extraordinario. Una circunstancia que, además, si se tiene en cuenta que esta obra fue publicada a la venerable edad de 78 años, convierte semejante demostración de talento y fuerza al final de una carrera literaria en una pista inmejorable para el lector que desee recorrer el aliento narrativo del escritor de Iowa.

Dos obras maestras han dialogado en mi recuerdo con este hermoso libro mientras lo leía. La primera, *Las palmeras salvajes*, con la que *En lugar seguro* comparte la vocación de reflexionar sobre el amor físico *durante y después* de la vida, pues la novela de Stegner posee un capital de emoción que no recordaba desde la lectura del célebre *stream of consciousness* con el que Harry Wilbourne clausura su presencia en el libro de William Faulkner y su ominosa relación con Carlota Rittenmeyer, en las imborrables páginas desde las que el

futuro Premio Nobel de Literatura puso sobre la mesa su hoy canónica disyuntiva entre la pena y la nada. La segunda obra de genio que me ha asaltado durante la lectura de Stegner ha sido *Georgia*, una película de Arthur Penn dirigida en el año 1981 y cuyo título original era *Four Friends*, obra bastante desconocida entre el público español en comparación con títulos como *La jauría humana*, *Pequeño Gran Hombre* o *La noche se mueve*, pero que articula un brillantísimo retrato, tanto en clave sociológica como en sus aspectos más íntimos, acerca de la convulsa América que vivió la herida de Vietnam, la descarga psicodélica y la lucha por los derechos civiles.

En lugar seguro organiza su extenso material narrativo sobre una intuición del novelista Henry Brook Adams, autor de uno de los textos autobiográficos más brillantes que se hayan escrito, *La educación de Henry Adams*. El filosofema de Adams reza así: «El caos es la ley de la naturaleza; el orden es el sueño del hombre». Partiendo de esta evidencia, que recorre como un calambre existencial la peripecia completa del libro, Larry Morgan, narrador de la novela de Stegner, intentará hurtar al terrible caos natural el maravilloso orden de un sueño, contando para ello la vida de dos matrimonios unidos por el hilo de oro de la amistad. ¿Cómo satisfacer semejante reto? Mediante la literatura, ese don glorioso que, como se anuncia en un momento de *En lugar seguro*, es también, cuando se posee, «una obligación», un tributo a la posteridad, una suerte de penosa aunque gratificante condena ética.

Para hacer visible ese hilo de oro en el bastidor de la ficción, Stegner recurre a un procedimiento muy hábil, pues no sólo alimenta su escritura con lo vivido por Larry Morgan (allí donde el ojo del narrador, podríamos decir, estuvo presente), sino con lo contado a Larry Morgan o lo recordado ante Larry Morgan por terceros (y ahí descuella, por ejemplo, una de las escenas más bellas de la novela: la aparición de Sid Lang por vez primera en casa de su futura esposa, Charity) y, cómo no, con lo soñado, imaginado o vagamente deseado por el *alter ego* del escritor. Porque el material de la literatura es también el material de los sueños: vanos e inanes fantasmas, mundos posibles y paralelos, negaciones que cancelaron distintas estancias de la realidad. O, como

Stegner insinúa ya desde el exordio de su libro —tomado de un poema de Robert Frost, el poeta por antonomasia del naturalismo *à la* Thoreau—, el hombre, en este caso el escritor, puede que deba entregar en la última aduana las migajas de su cuerpo, pero la valija de «las cosas prohibidas», entre las que se encuentra, obviamente, el recuerdo de lo vivido, sólo a él, o al arte en el caso que nos ocupa, pertenecen.

Las motivaciones que vertebran y prestan sentido a la peripecia de los protagonistas de *En lugar seguro* —una pareja rica del Este y una pareja pobre del Oeste que conforman el variado tejido social de un país que con un ojo contempla su procedencia europea y con el otro se enorgullece de su pretendida singularidad— son de tres tipos: la esperanza política, entendida como el intento por transformar el mundo mediante la acción (conviene apuntar que la amistad de ambos matrimonios se forja durante los terribles años de la Depresión, época en que la lucha individual por sobrevivir entró en competencia con el deseo por reconstruir un *statu quo* más justo y duradero); la promesa de la belleza, entendida como la posibilidad de encontrar en el arte un recinto contra las inclemencias de la vida (el marco en el que discurre la acción de *En lugar seguro* es, básicamente, el del mundo académico universitario, con su habitual elenco de anhelos frustrados y genios *in pectore* que cultivan una musa a menudo insolente); y, por descontado, la evidencia de la amistad, asumida como el refugio donde enterrar las frustraciones derivadas de la política y las insuficiencias emanadas de la belleza. Pues no en vano, como Larry Morgan asegura en un momento de su relato con cierto resabio estoico: «La *amicitia* dura más que la *res publica* y, al menos, tanto como el *ars poetica*».

Mientras carezca de poeta, un sitio no es un sitio: nadando a espaldas, con un casco de jabalí en la cabeza y recitando alguno de los más de tres mil versos del épico *Beowulf*, un hijo de Apolo se interna en un lago de Norteamérica durante uno de los magníficos episodios de *En lugar seguro*. Larry Morgan, el narrador, es el poeta de todos los lugares por los que los cuatro amigos van desgranando su casi siempre morigerado dolor y las galas de su ocasional dicha. Su don, su obligación, la literatura, es el nutriente que permite absorber los

distintos espacios de ese continente inmenso —desde los desolados paisajes de Albuquerque en Nuevo México a las ricas, feraces y privilegiadas tierras de Nueva Inglaterra— por el que discurren los protagonistas, sin olvidar por descontado la excursión a Europa que, *mutatis mutandis*, de Henry James a Henry Miller, pasando por Gertrud Stein, John Dos Passos o Ernest Hemingway, todo escritor norteamericano parece tener que tributar al Viejo Mundo. En este caso, propiciatoriamente, el viaje de los cuatro amigos al ombligo del universo guiará sus pasos nada menos que hasta Florencia, ese lugar donde, un día, la humanidad conjugó uno de sus más dignos sueños: la salvación por la belleza, la verdad y el conocimiento.

Novela de la emoción y de la razón, intensa en el *qué* y admirable en el *cómo*, *En lugar seguro* termina con un lugar clásico en la narrativa universal, la reunión de un conjunto de personas en torno a una muerte anunciada, en este caso la de Charity Lang, principio vital y fuerza en ocasiones tiránica de la relación a cuatro establecida a lo largo de los más de cuarenta años que Larry Morgan alcanza a recordar, y cuyo adiós a la vida se convertirá en el revelador de privilegio que permitirá, como en un negativo fotográfico, que el novelista alcance a ver a los demás, y a sí mismo, en su justa y dramática dimensión.

Ahí, en esa escena final de la novela, grávida del encanto de los mejores textos de Chéjov, y donde la palabra *pathos* alcanza su medida exacta, una escena en la que cuatro personas que se han amado y se siguen amando descubren lo mejor y lo peor de cada cual, en ese frágil pero al tiempo indestructible sendero una y mil veces recorrido que llamamos amor, que llamamos ternura, que llamamos respeto, Stegner exprime sus esencias como escritor y logra que la trayectoria de esta terrible y maravillosa novela, que emula a la vida en lo que de cruel y fantástica tiene, concluya en lo más alto: como una triunfante, pura, memorable lección de literatura.

RICARDO MENÉNDEZ SALMÓN
Gijón, julio del 2008

En lugar seguro

Para M. P. S., en agradecimiento por más de medio
siglo de amor y amistad, y la bendición de los
amigos que ambos disfrutamos.

Podría darlo todo al Tiempo excepto... excepto
lo que yo mismo he retenido. Pero, ¿por qué declarar
las cosas prohibidas con las que mientras la Aduana dormía
he cruzado a lugar seguro? Porque Allí estoy ya,
y de lo que no quise separarme lo he guardado.*

ROBERT FROST

* «I could give all to Time except –except / What I myself have held. But why
declare / The things forbidden that while the Customs slept / I have crossed to
Safety with? For I am There / And what I would not part with I have kept.»

PRIMERA PARTE

Voy flotando hacia arriba en medio de una confusión de sueños y memoria, retorciéndome como una trucha a través de los anillos de subidas anteriores, y salgo a la superficie. Se me abren los ojos. Estoy despierto.

Quienes sufren cataratas deben de ver así cuando les quitan los vendajes después de la operación: cada detalle tiene la nitidez de la primera vez; aun siéndote familiar, lo conoces de antes de tu ceguera, lo recordado y lo visto se fusionan como en un estereoscopio.

Evidentemente, es muy temprano. La luz no es más que un crepúsculo que se filtra por los bordes de las persianas. Pero veo, o recuerdo, o ambas cosas, las ventanas sin cortinas, las vigas desnudas, las paredes de tablero en las que no hay nada más que un calendario que creo recordar de la última vez que estuvimos, hace ocho años.

Lo que fue agresivamente espartano es ahora simplemente pobreton. Desde que Charity y Sid cedieron el recinto a los chicos, no se ha remozado ni añadido nada. Debería sentirme como si me estuviese despertando en algún motel de tercera en tierras de mal año, pero no es así. He pasado demasiados días buenos en esta cabaña para que me deprima.

Hay incluso, según mis ojos van haciendo un mejor uso de la amanecida y levanto la cabeza de la almohada para mirar alrededor, cierta calidez, incluso en la penumbra. Asociaciones, probablemente, pero también color. El pino desnudo de paredes y techos ha madurado con los años, y ha cogido un color denso de miel, como teñido por el calor de las personas que lo construyeron para refugio de sus amigos. Lo tomo como un augurio; y aunque recuerdo el porqué de estar aquí, no puedo sacudirme la sensación de deliciosa familiaridad con la que acabo de despertar.

El aire me es tan familiar como la habitación. Manchas de ratones típicas de cabaña de verano, y también una ligera y no desagradable reminiscencia de mofetas bajo la casa, pero alrededor y más allá de eso una agudeza como de dos mil y pico metros. Una ilusión, por supuesto. Lo que huele a altitud es latitud. Canadá está al norte, a sólo docena y media de kilómetros, y la capa de hielo que dejó sus huellas por toda esta región no ha desaparecido para siempre, sólo se ha retirado. Algo en el aire nos dice, incluso en agosto, que volverá.

De hecho, si lograses olvidar la mortalidad, y eso resultaba más fácil aquí que en la mayoría de sitios, podrías creer que realmente el tiempo es circular, y no lineal y progresivo como nuestra cultura se empeña en demostrar. Visto desde una perspectiva geológica, somos fósiles en formación y quedaremos enterrados y finalmente expuestos de nuevo para perplejidad de los seres de eras posteriores. Vistos tanto en términos geológicos como biológicos, como individuos no justificamos la menor atención. Uno de nosotros no difiere demasiado de otro, cada generación repite a sus padres, las obras que construimos para que nos sobrevivan no resultan mucho más duraderas que los termiteros, y todavía menos que los arrecifes de coral. Aquí todo vuelve sobre sí mismo, se repite y renueva, y es difícil distinguir el presente del pasado.

Sally sigue durmiendo. Me deslizo fuera de la cama y atravieso descalzo el frío suelo de madera. El calendario insiste en que no es el que yo recordaba. Dice, correctamente, que estamos en 1972 y en el mes de agosto.

La puerta cruje cuando la abro. Aire afilado, luz gris, lago gris abajo, cielo gris a través de los falsos abetos cuyas cimas sobrepasan con creces el porche. Más de una vez, en pasados veranos, Sid y yo talamos algunos de estos árboles medio herbáceos para que entrase más luz en la cabaña de invitados. Todo lo que hicimos fue destruir algunos individuos, nunca eliminar la especie. A estos falsos abetos del Canadá les gustan las riberas empinadas. Como tantas otras especies, se aferran a su territorio.

Vuelvo adentro y cojo mi ropa de la silla, la misma ropa que traía de Nuevo México, y me visto. Sally duerme, fatigada del largo vuelo y las cinco horas en coche desde Boston. Un día demasiado duro para ella, pero no quiso ni oír hablar de cancelar el viaje. La habían convocado, y venía.

Me paro un instante a escuchar su respiración, preguntándome si atreverme a salir y dejarla. Está profundamente dormida y así seguirá un buen rato. Nadie va a venir por aquí a esta hora. Este trozo temprano de la mañana es mío. Salgo al porche, de puntillas, y quedo expuesto a lo que, según me dicen todos mis sentidos, tanto podría ser 1938 como 1972.

No hay nadie levantado en el complejo Lang. No se ven luces entre los árboles, no hay en el aire olor alguno a humo de astillas. Salgo del bosque esponjoso por el camino que pasa ante la leñera y llego a la carretera y allí me encuentro el cielo, débilmente iluminado por el este, y la estrella de la mañana fija como una farola. Debajo de los árboles creía que estaba cubierto, pero aquí afuera veo el cuenco del cielo claro e impecable.

Los pies me llevan carretera arriba hasta la verja de entrada, y a través de ella, justo al cruzarla, el camino se bifurca. Dejo a un lado la carretera de la casa de la Cresta y escojo en cambio el estrecho camino de tierra que trepa rodeando la colina por la derecha. John Wightman, cuya cabaña se asienta donde la colina termina, murió hace quince años. No aparecerá para protestar de que le pise sus surcos. Es una carreterita por la que he caminado cientos de veces, un túnel delicioso perdido entre los árboles, bullicioso esta mañana de pájaros y cositas que crujen con timidez, mi camino favorito.

El rocío lo ha empapado todo. Podría lavarme las manos en los helechos, y cuando arranco una hoja de una rama de arce me cae un chaparrón sobre cabeza y hombros. Cruzo poniendo mi atención, complaciéndome la mirada, entre los árboles nobles al pie de la colina, el cinturón de cedros donde el suelo está encharcado por los manantiales, entre las píceas y los abetos balsámicos de la empinada ladera. Veo huellas de mapaches, un adulto y dos jóvenes, en el barro, y hierbas medio secas dobladas como arcos de croquet mojados, y amanitas moteadas de color naranja, en esta época aplastadas o incluso cóncavas y reteniendo agua, y selvas en miniatura de licopodios y helechos y colas de caballo. Hay cuevas marrones, refugios, tierras de ratones y de liebres bajo las amplias faldas de píceas y abetos.

Tengo los pies mojados. Allá en el bosque oigo un gorrión pechiblanco que prueba a cantar una canción que parece tener medio olvidada. Miro a la izquierda, a lo alto de la ladera, por ver si capto un atisbo de la casa de la Cresta, pero sólo veo árboles.

Salgo entonces al lomo de la colina y ahí está el cielo, entero, inmenso y lleno de luz que anega las estrellas. Tiene los bordes plenos de colinas. Sobre el monte Standard el aire es de oro caliente y, al contemplarlo, el sol emerge sobre la cresta y me mira desde arriba.

Esta vez no hemos vuelto a Battell Pond por placer. Hemos venido por cariño y solidaridad familiar, como miembros adoptados del clan, y porque nos lo pidieron y se nos esperaba. Pero ahora no puedo sentirme compungido, como tampoco podía cuando me desperté en la vieja y destartalada casita de invitados. Todo lo contrario. Me pregunto si alguna vez me he sentido más vivo, más competente en lo mental y más cómodo conmigo y con mi mundo de lo que me siento por espacio de pocos minutos en la loma de esta colina tan conocida, mientras contemplo el sol ascender con fuerza y confianza y veo a mis pies el pueblecito sin cambios, el lago como una balsa de mercurio, los verdes variables de los campos de heno y las praderas y los sotos de arces dulces y los bosques de abeto negro, todo ello alzándose y calentándose según se van acortando las alargadas sombras.

Ahí estaba, aquí está, el lugar donde, durante los mejores tiempos de nuestras vidas, se cobijó la amistad y la felicidad estableció su cuartel general.

Al entrar me encuentro a Sally sentada, la persiana más próxima a la cama —aquella a la que puede llegar— levantada para que entre una raya de sol en el cuarto. Está bebiendo una taza de café del termo y comiéndose un plátano del cesto de fruta que dejó Hallie cuando nos acostó anoche.

—No habrá desayuno —dijo Hallie—. Sólo *hazari*. Vendremos a buscaros para el *brunch*, pero no vendremos demasiado pronto. Estaréis cansados y con la hora cambiada. Así que dormid bien y vendremos a por vosotros sobre las diez. Después del *brunch* subiremos a ver a mamá, y para después, por la tarde, ha planeado que vayamos de merienda a Folsom Hill.

—¿De merienda? —dijo Sally—. ¿Está tan bien como para ir de picnic? Si lo hace por nosotros, que no lo haga.

—Ha organizado así las cosas —dijo Hallie—. Dijo que estaríais cansados y que os dejásemos descansar, y si ella dice que estaréis cansados más os vale estarlo. Y si hace planes para ir de merienda, mejor que queráis ir de merienda. No, no, estará perfectamente. Ahorra sus fuerzas para las cosas que le interesan. Quiere que sea como en los viejos tiempos.

Subo las otras dos persianas que iluminan la habitación en penumbra.

—¿Dónde has ido? —pregunta Sally.

—Por la carretera del viejo Wightman arriba.

Me sirvo café y me siento en la silla de mimbre que recordaba como parte del mobiliario del Arca. Sally me observa desde la cama.

—¿Cómo estaba?

—Hermoso. Tranquilo. Buenos olores de tierra. No ha cambiado.

—Ojalá hubiera estado contigo.

—Te llevaré más tarde, en coche.

—No, subiremos para la merienda, eso basta. —Sorbe el café, mirándome por encima del borde de la taza—. ¿No es típico? A las puertas de la muerte y quiere que todo sea como en los viejos tiempos y da órdenes a todo el mundo para que *hagan* que sea así. Y se preocupa por si estamos cansados. ¡Ah, va a dejar un gran hueco! *Ha habido* un hueco desde que nos... ¿Notas alguna ausencia?

—Ausencias no. Presencias.

—Me alegro. No me imagino este sitio sin que estén ellos. Los dos.

La invalidez prolongada hace de algunas personas, santos; otras se compadecen de sí mismas, otras se amargan. A Sally solamente la ha hecho más clara, más ella misma. Hasta cuando era joven y sana se la veía tan calma y apartada de los males y los calores humanos que engañaba a la gente. Sid Lang, que no se puede decir que no fuera perspicaz y que, además, seguro que estuvo un poco enamorado de ella en cierto momento, solía llamarla Proserpina y tomarle el pelo con unos versos de Swinburne:

*Pálida, detrás de atrios y de pórticos,
coronada de hojas yermas está ella,
la que recoge todo cuanto es mortal
con sus manos frías e inmortales.*

Sus manos frías e inmortales acabaron convertidas en una broma privada, entre nosotros. Pero mucho antes de eso, allá durante los años en que su madre tenía que depositarla como un paquete en cualquier sitio a mano, fue cuando aprendió a estar en calma, del modo en que se supone que permanecen los cervatillos, inmóviles, camuflados y sin oler, donde sus madres los dejan. Alguna mano, muy pronto, rozó su frente severa como la piedra; se la ve con tanta tranquilidad por dentro como por fuera. Pero yo la conozco hace mucho tiempo. La enfermedad y los años han depurado su rostro y han dado a sus sienes y a sus pómulos una elegancia frágil que se concentra en los ojos.

Y ahora esos ojos expresan la mentira de su cara pasiva, de acep-

tación. Están brumosos y preocupados. Los fija en sus manos, que cruza, descruza, les habla.

—Soñé con ella. Me desperté soñando con ella.

—Eso es de lo más natural.

—Teníamos una especie de pelea. Ella quería que yo hiciera algo y yo me resistía y ella estaba furiosa. Y yo igual. No es un modo deprimente de... —hace una pausa y luego, como si yo la hubiera contradicho, explota—: ¡Son la única familia que hemos tenido! Nuestra vida hubiera sido completamente distinta y mucho más dura sin ellos. Nunca hubiéramos conocido este sitio, ni a las personas que más nos han importado. Tu carrera habría sido distinta... puede que te hubieses estancado en cualquier universidad de pueblo. Si no fuera por Charity, yo no estaría viva. No hubiera querido estarlo.

—Ya lo sé.

Estoy sentado dando la espalda a la ventana. En la mesita de noche hay un vaso de agua que puse allí anoche para Sally. El sol, que entra de pleno, arranca un espectro prismático ovalado del vaso y lo proyecta en el techo. Alargo el pie y doy una patadita a la mesa. La imagen de arco iris tiembla. Levanto una mano e interrumpo el rayo de sol del vaso. El arco iris desaparece.

Sally ha estado observándome con el ceño fruncido.

—¿Qué me estás diciendo? ¿Que se acabó todo? ¿Que lo acepte? Estoy cansada de aceptar. Estoy cansada de oír que Dios aprieta pero no ahoga. ¿Quién dijo eso?

—No lo sé. Yo no.

—Puede que sea verdad, pero yo ya no quiero más apreturas. Me despierto aquí, donde todo me recuerda a ellos, y estoy soñando que nos peleamos, y pienso que cómo me permito juzgarla y cuánto ha durado y no quiero nada más que llorar y lamentarme.

Como un reproche a sí misma, pone cara de indignación. Nos miramos, incómodos. Y puesto que parece necesitar de mí alguna manifestación de malestar, le digo:

—Te diré un punto en el que noté ausencias. Ayer por la noche. Ya sabía que Charity no estaría fuera con una linterna para aco-

germos al llegar, pero esperaba a Sid. Supongo que lo necesitan arriba. Al ver que la delegación del comité de bienvenida eran sólo Hallie y Moe, me di cuenta de lo serio de la situación, y se me cayó el alma a los pies. Esta mañana volví a olvidarlo, todo parecía como antes.

—Ojalá no se le hubiera ocurrido esa idea de que estaríamos demasiado cansados para subir esta mañana. ¿No es muy suyo? Supongo que tendrá que ser a mediodía. ¿Me levantas? Necesito ir.

Le coloco los hierros y la levanto por las axilas y la pongo de pie y le doy las muletas. Con los antebrazos encajados en ellas, se va tambaleando camino del cuarto de baño. La sigo, y cuando se queda parada delante del retrete y se agacha para liberar las rodillas, la ayudo a colocarse en el asiento y la dejo sola. Al cabo de un ratito da unos golpecitos en la pared y entro para levantarla. Vuelve a asegurar las rodillas de hierro y se queda ante el lavabo que los minerales del agua de manantial han salpicado de manchas. Unos minutos después sale con el pelo peinado y la cara lavada de sueño. Se agacha de nuevo junto a la cama para dejar libres las rodillas y se sienta de golpe sobre las mantas revueltas. Le subo las piernas y la estiro bien y le pongo las almohadas detrás.

—¿Cómo te sientes? ¿Bien?

—Puede que Charity tenga razón. Me siento cansada.

—¿Por qué no duermes un poco más? ¿Te quito los aparatos?

—Déjamelos. Es menos incordio para ti si no tengo que llamarte.

—No es ningún incordio.

—Oh —me dice—, tiene que serlo. ¡Tiene que serlo! —Se le cierran los ojos. Después sonrío otra vez—. ¿Qué tal si nos pelas una naranja?

Nos pelo una naranja y sirvo el café que queda en el termo.

Apoyada contra la cabecera con las piernas que dibujan una línea fina y recta debajo de las sábanas, su cara compone una de esas miradas pícaras y dispuestas, como diciendo: ¡Qué divertido!

—Me gusta esa idea del *hazari* —dice—. ¿Y a ti? Es como en Italia, cuando nos despertábamos temprano y hacías té. O en el hotel Taj Mahal de Bombay. ¿Te acuerdas del *hazari* allí? Sólo que allí

también era fruta y té, no fruta y café. Lo único que necesitamos es un gran ventilador en el techo, del estilo del que rompió Lang tirándole una almohada.

Miro a mi alrededor, las paredes vacías, los remaches al aire, las vigas descubiertas, las persianas verdes desnudas. Todos los elementos del conjunto, incluida la Casa Grande, están prácticamente igual. Charity impuso esta austeridad equitativamente: a sí misma, a su familia y a sus invitados.

—Bueno —he de decir—, no *exactamente* como el Taj Mahal.

—Mejor.

—Si tú lo dices.

Deja caer en el regazo la mano medio cerrada con la media naranja cogida; esa mano que nunca llegará a abrirse completamente porque mientras estaba en el pulmón de acero nosotros, incluso Charity que pensaba en todo, estábamos tan preocupados porque siguiera respirando que nos olvidamos de ejercitarle la mano. Se quedó allí encerrada demasiado tiempo. Ahora, por un instante, su serenidad controlada, su aceptación y resignación, su frente tenaz y estoica vuelven a diluirse. La mujer que me está mirando está emocionada y demasiado cansada.

—Ah, Larry —dice, acusadora—, te pone triste. Tan triste como a mí.

—Sólo cuando me río —le contesto, pues, emocionada o no, aguanta las caras largas tan poco como Charity. Se permite reproches, me permite que la arroje, me permite que la bese, sonrío. Cierro las persianas.

—Hallie y Moe no vendrán hasta dentro de dos o tres horas. Duerme. Sólo son las cinco de la mañana, hora de Santa Fe. Te despertaré cuando vengan.

—¿Y tú qué vas a hacer?

—Nada. Estaré fuera, en el porche, mirando y oliendo y buscando el *temps perdu*.

Que es lo que hago un largo y buen rato. Sin esfuerzo. Todo anima a ello. Desde el alto porche, los bosques que caen sobre el lago son más que un lugar conocido y amado. Son un hábitat al

que una vez estuvimos totalmente adaptados, una especie de Reino Apacible donde especies como la nuestra pueden evolucionar sin desafíos y encuentran su peldaño en la escala de la naturaleza. Sentado allí, con todo eso ante mis ojos, me asombra una vez más su inmutabilidad, igual que me pasó al subir por el camino de Wightman. La luz siente nostalgia de las mañanas pasadas y optimismo por las que han de venir.

Estoy sentado sin más interrupción que el canto de los pájaros y las llamadas y portazos ocasionales, ruidos del despertar que llegan de las cabañas del complejo ocultas entre los árboles afuera, hacia la izquierda. Sólo una vez hay algo semejante a una intrusión: el ruido de una motora que se forma y va creciendo hasta que una lancha blanca que arrastra detrás un esquiador surge alrededor de la punta y vira bruscamente para entrar en la ensenada dejando una estela que se ensancha y sobre la que el esquiador va recorriendo figuras. Trazan un gran lazo en torno a la ensenada y se van otra vez rugiendo, y el ruido baja bruscamente cuando dan la vuelta a la punta.

Demasiado temprano para esas travesuras. Y, he de admitirlo, una señal de cambio. En los viejos tiempos, cuarenta profesores, cabreados como enanitos molestos, habrían salido ya en tropel de sus casas de estudio para pedir que se apagara aquel incordio.

Pero aparte de esa invasión, paz, la clase de silencio que siempre había conocido en este porche. Me acuerdo de la primera vez que vinimos aquí, y de cómo éramos entonces, y eso me trae a la cabeza mi edad, cuatro años ya pasados los sesenta. Aunque toda la vida he estado ocupado, quizás demasiado ocupado, ahora me parece que he conseguido poca cosa que importe, que los libros nunca han estado al nivel de lo que tenía en la cabeza, y que las recompensas —unos ingresos confortables, el reconocimiento público, los premios literarios y los honores académicos— han sido simples baratijas, no cosas para contentar a un hombre hecho y derecho.

¿Qué se hizo de la pasión con que todos habíamos de mejorarnos a nosotros mismos, de hacer honor a nuestro potencial, de dejar huella en el mundo? Nuestras discusiones más acaloradas eran

siempre sobre cómo podríamos *contribuir*. No nos preocupaban las recompensas. Éramos jóvenes y serios. Nunca nos hicimos ilusiones de tener el don de la política para ordenar de nuevo la sociedad o garantizar la justicia social. Más allá de un mínimo básico, el dinero no era un objetivo que respetásemos. Algunos sospechábamos que el dinero ni siquiera era muy bueno para las personas, de ahí la inclinación de Charity por la austeridad y la vida sencilla. Pero todos teníamos la esperanza de, en la medida en que nuestras capacidades nos lo permitieran, definir e ilustrar la vida digna de vivirse. En mi caso, siempre fue algo a hacer con palabras; en el de Sid también, aunque con menos confianza. Para Sally, la simpatía, la comprensión humana, la ternura hacia la fragilidad y la cabezonería humanas. Y para Charity, la organización, el orden, la acción, auxiliar a los que vacilan y guiar a los indecisos.

Dejar una huella en el mundo. En vez de eso, el mundo ha dejado huellas en nosotros. Nos hemos hecho mayores. La vida nos ha escarmentado tanto que ahora esperamos quietos a la muerte, o andamos con muletas, o nos sentamos en porches donde una vez la savia joven fluía con fuerza, y nos sentimos viejos e inútiles y confusos. En ciertos estados de ánimo puede que me lamente de que todos estamos atrapados, pese a que, naturalmente, no lo estamos más que la gran mayoría. Y todos nosotros, supongo, podemos por lo menos estar agradecidos de que nuestras vidas no se hayan vuelto dañinas o destructivas. Podemos incluso resultar envidiables a los menos afortunados. En mi cabeza hago sitio a una especie de indulgencia escarmentada, pues, por muy tonto e inmaduro y optimista que fuera y por mucho que me haya arrastrado durante los últimos kilómetros de esta maratón, no puedo acusarme, de verdad, de mala fe. Ni a Sally, ni a Sid, ni a Charity... a ninguno de los cuatro. Cometimos cantidad de errores, pero nunca engañamos a nadie para sacar ventajas ni pusimos zancadillas cuando no había jueces por los alrededores. Todos corrimos y jadeamos a lo largo del recorrido completo.

No me conocía bien a mí mismo, y sigo sin conocerme. Pero conocía, y sigo conociendo, a las pocas personas que he amado y en

las que he confiado. Mis sentimientos hacia ellos son una parte de mí a la que nunca me he enfrentado, aun cuando mis relaciones con ellos más de una vez han sido ásperas.

En el instituto, en Albuquerque, Nuevo México, un puñado de nosotros pasamos un año entero leyendo a Cicerón: *De Senectute*, sobre la vejez; *De Amicitia*, sobre la amistad. *De Senectute*, con toda su sabiduría de la resignación, es algo que probablemente nunca sea capaz de vivir o imitar del todo. Pero con *De Amicitia* sí que podría hacer un intento y hubiera podido hacerlo en cualquier momento de los últimos treinta y cuatro años.